

Jesús cuando se trata de explicar dónde vive, no se corta. Es claro y directo. Dice con energía: «venid y veréis». Aquellos que están en proceso de búsqueda y aquellos que ya han hecho una opción de vida, siguen recibiendo una clara invitación del Señor Jesús: «ven y verás». Jesús nos sigue invitando a estar con él para ser verdaderas discípulas suyas. Nuestros días van pasando. Pasa un día, pasa una semana, pasa un año, pasa la vida. La vida de Jesús fue pasando, pero no ha pasado.

En silencio... Lee el texto evangélico de Jn 1,35-42, haz memoria e identifica el primer llamado del Señor y las llamadas que el Señor te ha hecho y le has dicho sí. Piensa cómo son tus días “ahora” que te has encontrado con el Señor; repasa si en alguno de estos días te has sentido mirada, invitada por Jesús para estar con él. **Invitación a compartir qué buscas hoy...**

(**Símbolo:** encender velas pequeñas de una vela grande simbolizando que nosotras buscamos al que es Luz y que queremos ser luz para que haya personas que descubran a quien es la verdadera Luz que ilumina y da sentido a toda persona que responde a la llamada que Jesús le propone y rezar juntas:

Gracias, Señor del camino, gracias, Señor de la espera,
 porque en todo momento de mi vida allí estás tú,
 porque en cada curva del camino allí te encuentro,
 porque cuando menos me lo espero me sorprendes.
 En el vivir de cada día es donde tú te manifiestas,
 es donde tú me llamas y me invitas a seguirte.

COMPARTIMOS NUESTRA RIQUEZA (Reflexión para compartir con el resto de comunidades).

La experiencia vivida en el “permanecer” con Jesús le ha permitido a Andrés y a su compañero comprobar que Jesús es el Cristo, el Mesías enviado por Dios (cf. 1,34). Andrés no sólo anuncia quién es el Jesús que él ha experimentado, sino que va más allá: lleva a su interlocutor hasta el lugar donde está Jesús: “Y le llevó donde Jesús”. Hoy, como ayer, Cristo pasa por nuestro mundo y nuestra humanidad, donde quiere y como él quiere. Él pasa por la historia concreta de la vida de cada hombre, en la espera de que cada persona acoja el testimonio de quien lo anuncia.

La función del testigo es “conducir hacia”, es llevar al encuentro directo con Jesús. Como comunidad, ¿sentimos que podemos y debemos ser Juan el Bautista o Andrés para la vida de los que van siendo llamados?



EVANGELIZARNOS
Convocadas...
...para convocar

INTERIORIZO

De la mano de María de Betania, hemos tenido la oportunidad de «sentarnos a los pies del Maestro» y tomar conciencia de nuestra capacidad de escucha a la Palabra y a los demás. Nosotras que un día fuimos llamadas, convocadas por el Señor y libremente decidimos seguirle, tenemos la responsabilidad de que nuestra vida sea una convocación para otros a los que el Señor llama hoy, para ello, es necesario que personal y comunitariamente nos comprometamos a **«Reavivar el sentido y el valor de ser comunidad vocacionada que expresa con fuerza en el día a día, la alegría y la fraternidad en el seguimiento»**, porque, «¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? Rom 10,14.

A la luz de la Palabra y apoyándonos en el artículo de Fabián Martín, OAR «Del “animador vocacional” a la “comunidad vocacional”. Un paso más en la difusión de la “cultura vocacional”», una vez más, vamos a caminar para «reavivar el sentido y valor de ser comunidades vocacionadas».

El Papa Francisco en Evangelii Gaudium (n.107), indicó que la pastoral vocacional es un verdadero desafío para toda la comunidad cristiana. Y apuntó tres constataciones referidas a la implicación de la comunidad cristiana y, por tanto, de la comunidad religiosa, en la «cultura vocacional»: 1. En muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Esto se debe frecuentemente a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. 2. Ahí donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. 3. Y aun en parroquias donde los sacerdotes son poco entregados y alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad

viva, ora insistentemente por las vocaciones y se atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración.

1. A la luz de la Palabra

Al día siguiente estaba Juan con dos de sus discípulos. Viendo pasar a Jesús, dijo: –Ahí está el Cordero de Dios. Los discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les dijo: –¿Qué buscáis? Respondieron: –Rabí –que significa maestro–, ¿dónde vives? Les dijo: –Venid y ved. Fueron, pues, vieron dónde residía y se quedaron con él aquel día. Eran las cuatro de la tarde. Uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro. Encuentra primero a su hermano Simón y le dice: –Hemos encontrado al Mesías –que traducido significa Cristo. Y lo condujo a Jesús. Jesús lo miró y dijo: –Tú eres Simón, hijo de Juan; te llamarás Cefas –que significa Pedro (Jn 1,35-42).

El interés fundamental de este pasaje se centra en el origen de la fe y en su transmisión mediante un testimonio gozoso: «Hemos encontrado al Mesías». El evangelista muestra los rasgos característicos de la condición del discípulo: la fe como experiencia vivida en el encuentro y la adhesión a la persona de Cristo, que se desencadena a partir del testimonio de quienes lo reconocen como el Señor de sus vidas.

Jesús se adentra en el mundo y en la historia como un hombre cualquiera (cf. Fil 2,5-10), acudiendo a escuchar al Bautista, confundido entre la gente. Pero hay quienes tienen la agudeza del Espíritu para reconocerlo, identificarlo e indicarlo como el Cristo: «Este es el cordero de Dios». Su testimonio y sus palabras inquietan a dos de sus discípulos, y estos se ponen en marcha tras el Mesías. A partir de entonces, los discípulos comienzan el descubrimiento del misterio de Jesús, entrando en contacto directo y personal con él, hasta llegar más adelante a decir de él que es el «Hijo de Dios». Andrés, por su parte, encamina a su hermano Simón al encuentro con Cristo.

En este sentido, tanto el Bautista como Andrés son imagen del mediador vocacional para quien busca respuestas. Y la respuesta fascinante la da Jesús: «Venid y lo veréis». Por lo cual, la primera actitud de quien lee este texto es la de buscar quién es Jesús e intentar descubrirlo a través del testimonio y de la transformación que se realiza en las personas que se encuentran con él. Jesús puede y debe ser conocido a partir de las relaciones que los miembros de la comunidad cristiana establecen con él.

familia, que mantienen activa la vocación personal, la cultivan y la desarrollan: ejercicios espirituales, retiros vocacionales, la oración por las vocaciones...

9. Sabemos que la historia está en manos de Dios y que es historia de amor y salvación. Esta confianza básica nos permitirá pasar del cansancio y la resignación por los pocos frutos que recogemos en algunos lugares de misión, a un nuevo impulso que transparente la belleza de la propia vocación.
10. Confiemos en la actualidad del carisma de nuestra Congregación. Debemos buscar el modo de hacer visible las bondades de nuestro carisma. Solo así nuestras comunidades serán presencias significativas en las iglesias locales.

Referencias bibliográficas para ampliar la reflexión

Compendio de Historia de la Congregación HH. Dominicas de la Anunciata. 1856-2016:
«Fomento de las vocaciones. Escuelas apostólicas», pp.151-153.
«Compromiso en la Pastoral juvenil vocacional en la Congregación», pp.273-284.
«Pastoral vocacional en Vietnam e Indonesia» pp.273-284.
«Año vocacional en la Congregación» pp. 351-354

LA RIQUEZA DE LA COMUNIDAD

En los encuentros cuentan las relaciones humanas: los discípulos conducen a Jesús a sus propios familiares, a sus paisanos, a su círculo de amigos (v.41). Andrés no se encuentra a Simón Pedro por casualidad sino que lo busca. Testimoniar ahora es transmitir el descubrimiento al hermano. En este pasaje “encontrar a Jesús” es “descubrirlo”: un nuevo horizonte de experiencias y de conocimientos vitales que se abre con él; anunciar a Jesús es una proclamación eclesial: no en primera persona sino en el plural comunitario.

¿Compartimos nuestra experiencia de haber sido llamadas, convocadas por el Señor? ¿Anunciamos y hacemos partícipes a otras personas, que: “Hemos encontrado al Mesías” (1,41)?

UNA COMUNIDAD QUE CELEBRA

«¿Qué buscáis?» Proponemos empezar este momento de oración realizando la siguiente dinámica... *La hermana que dirige la oración puede repartir un papel con la frase «¿Qué buscáis?» e invitar a que cada hermana escriba qué es lo que busca con mayor intensidad en este momento de su vida. Cuando hayan terminado lo guardan para compartir en el momento indicado. (Se puede escuchar alguna canción vocacional o melodía de fondo).*

es muy importante. No podemos ofrecer el espectáculo de una vida de mujeres desconectadas entre sí, sabiendo que los jóvenes tienen hambre de comunión y de lazos afectivos fuertes. La vida fraterna en comunidad hace palpable, con un lenguaje fácilmente entendible, que varias hermanas se encuentran diariamente en Cristo y con Cristo, rezan, comparten la vida y se ponen al servicio de los demás.

4. Los jóvenes captan la solidez o la debilidad de nuestros lazos fraternos. La calidad de nuestra vida de comunidad será una de las puertas por las cuales llamen posibles vocaciones de especial consagración.
5. Todas nos podemos implicar en la tarea de la animación vocacional de forma personal y comunitaria, estando abiertas a acoger cálidamente en nuestras comunidades posibles vocaciones. Sin duda alguna, las palabras de bienvenida y nuestros gestos que denoten interés por quien nos visita, marcarán la diferencia para que una posible vocación eche o no raíces en nuestras comunidades.
6. Tanto nosotras como los seglares que integran los equipos de animación vocacional, hemos de estar siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza vocacional (cf. 1Pe 3,15), impartiendo catequesis adecuadas que orienten a las nuevas generaciones en la búsqueda de Dios y que subrayen la belleza del seguimiento de Cristo con una propuesta explícita: «Ven y verás» (Jn 1,46). En el empeño de la animación vocacional es importante que retomemos la estructura vocacional de la vida humana y anunciemos la vida como vocación.
7. En algunas de las realidades eclesiales donde están insertas nuestras comunidades encontramos hermanas predominantemente mayores con alguna joven. Ciertamente, ya no abunda el impulso de las generaciones jóvenes dispuestas a comerse el mundo. Pero precisamente en esta nueva etapa que se abre en la vida religiosa existe la sabiduría y la madurez propias de religiosas que se han medido por muchos años con el día a día de la vida. Estos religiosas han descubierto lo que verdaderamente cuenta e importa; son un don de Dios a nuestras comunidades. Ellas pueden hacer un maravilloso trabajo en el acompañamiento espiritual y en el discernimiento vocacional.
8. Cultivemos las prácticas habituales propias de nuestro estilo de

2. Algunas luces más para el camino

El congreso sobre las vocaciones en Europa, (Roma, mayo de 1997), realizó una constatación muy lúcida respecto a los que llaman y a los que son llamados: «La crisis vocacional de los llamados es también, hoy, crisis de los que llaman, acobardados y poco valientes. Si no hay nadie que llame, ¿cómo podrá haber quien responda?» Así la iglesia, comunidad de los llamados, constituye la mediación privilegiada de la llamada de Dios.

Es importante que la comunidad eclesial ayude, a descubrir a todo llamado la propia vocación. En la iglesia cada vocación es personal y se concreta en un proyecto de vida, pero no funciona «en automático». Por esta razón «un clima de fe, de oración, de comunión en el amor, de madurez espiritual, de valor del anuncio, de intensidad de la vida sacramental convierte a la comunidad creyente [y a la comunidad religiosa] en un terreno adecuado no solo para que broten las vocaciones particulares, sino para la creación de una “cultura vocacional” y de una disponibilidad en cada uno para recibir su llamada personal». Pues, en la iglesia del Señor o se crece juntos o no crece nadie.

«La vida engendra vida». Así como en el seno de las familias se acoge con generosidad el misterio de nuevas vidas, así la comunidad cristiana suscita y acompaña toda vocación que, en germen, es vida abierta a la plenitud y al encuentro con los demás. Consiguientemente, en la iglesia, la comunidad de los con-vocados, todos estamos llamados a convocar a la vida, a la fe y al amor que se hace entrega en el servicio.

El Papa Francisco repitió a los jóvenes en el marco de la JMJ de Río de Janeiro que somos llamados por Dios, llamados a anunciar la alegría del evangelio, llamados a promover con valentía la cultura del encuentro. Recogiendo este impulso que está dando el Papa a la evangelización, me atrevo a decir que hoy más que nunca se hace urgente en la iglesia trabajar desde la comunidad cristiana y religiosa la propuesta de la cultura del evangelio que, en definitiva, tiene mucho que ver con la cultura de la vocación que provoca, in-voca y con-voca en torno al amor.

3. Dominica de la Anunciata: animadora vocacional.

Con motivo del Año vocacional de la Congregación, en el 2014, todas pudimos reflexionar y comprender que la Pastoral vocacional es una responsabilidad que tenemos como Dominicas de la Anunciata; se nos invitó a tomar conciencia, una vez más, de que la PJV es un gran reto, desafío a nuestra

creatividad y a nuestra experiencia de comunión y se nos propuso estar atentas y comprometernos con el mundo juvenil.

Después de cinco años puede venirnos bien recordar, como se nos dijo entonces, que «la pastoral vocacional es algo inherente a nuestra vida consagrada, a nuestro ser Dominica de la Anunciata. La Dominica de la Anunciata es por naturaleza animadora vocacional. El magnífico carisma que hemos recibido como don no se puede quedar aparcado en nosotras, ha de circular para continuar enriqueciendo a la iglesia y al mundo.

Todas sabemos que uno de los fines que llevó al P. Coll a fundar la Congregación, fue posibilitar la vida religiosa a jóvenes que deseaban consagrarse a Dios, pero no podían hacerlo por falta de medios económicos. Esta preocupación por la promoción vocacional estuvo presente también en las hermanas. Si repasamos nuestra historia encontraremos muestras de ello en todas las etapas. A modo de ejemplo, transcribimos lo que escribió la priora general, H. Antonia Gomá en circular dirigida a la Congregación en agosto de 1919:

«Aprovecho esta ocasión que me pone en comunicación con todas vosotras, amadas hijas en el Señor, para exhortaros muy encarecidamente a que procuréis fomentar y favorecer las vocaciones religiosas entre las jóvenes a vuestra solicitud encargadas, sin lo cual la vida de nuestra Madre la Congregación languidece. Orad a este fin y trabajad no solamente de palabra, sino con el buen ejemplo. Es verdad que la vocación es un don gratuito de Dios Nuestro Señor; pero no es menos cierto que muchas jóvenes se han sentido atraídas a servir al Señor abandonando el mundo, ante los repetidos actos de virtud que han visto practicar a las Hermanas, con ellas relacionadas, y no son menos las que deben esta particular gracia a las oraciones de las Religiosas fervorosas» (Crónica de la Congregación, T. II, p.383).

Fabián Martín, en el citado artículo, señala que para que la «cultura vocacional» no siga siendo una asignatura pendiente entre nosotras y continuemos dando pasos en nuestras comunidades, es fundamental una renovación y revitalización de la vida comunitaria. En aquellas comunidades en las que se pueda vivir y celebrar intensamente la propia vocación, la vida de oración, las relaciones fraternas, el compromiso en la misión, la acogida vocacional, pueden surgir vocaciones genuinas.

Cuando los que ya han sido llamados crecen en su compromiso con la vida comunitaria, entonces la comunidad presta un excelente servicio a

la animación vocacional. Las comunidades religiosas han de despertar a la creatividad para propiciar que sean presencia significativa, comunidad fraterna de referencia. Para ello, todos los miembros de la comunidad han de cuidar y cultivar la comunión y la fraternidad, mostrando un interés real por el hermano, por su crecimiento personal y de fe, por sus preocupaciones e ilusiones, por el desarrollo de su vocación. Es importante también potenciar diversas formas de compartir la vida de fe: lectio divina, retiro vocacional, tareas...

La comunidad religiosa y, al ritmo de ésta, la comunidad cristiana, son invitadas desde hace bastante tiempo a generar espacios de encuentro y de fe compartida. En este sentido, los religiosos han de rescatar tiempos de calidad, pues la inercia puede llevar a la holganza jubilar, para la escucha y el encuentro personal con las personas que buscan; y de paso se ponen también a buscar al Dios que habita en el ser humano. Si somos capaces de cuidar estos tiempos de calidad comunitaria, si cuidamos nuestra propia vocación, daremos testimonio de una vida que no sólo mereció la pena sino también la alegría.

El Papa Francisco ha puesto a la iglesia en éxodo, salida, para ir a las periferias, ahí donde la vida clama y donde se puede hacer llegar el ungüento del evangelio que sana las heridas, venda los corazones destrozados y suscita vida y esperanza en el ánimo de las personas. La comunidad cristiana y religiosa será relevante, fermento en la masa, cuando esté atenta a los signos de los tiempos, y capte y atienda a las necesidades reales de las personas del entorno, y no espera en la sacristía a que vayan a contárselas. No debemos ahorrar energías en la tarea de re-encuentrar una mínima «holgura» evangelizadora, que ponga a la comunidad en auténtica misión.

4. En la comunidad todos arrimamos el hombro

Apuntamos ahora algunas iniciativas y actitudes en las que toda la comunidad cristiana y la comunidad religiosa se han de implicar más allá de edades, capacidades, estilos y sensibilidades pastorales:

1. La oración: fundamento de toda animación vocacional(cf. Mt 9,38).
2. Nada más pro-vocador que el testimonio apasionado de la vocación que Dios dio a cada uno. Este será el modo como nuestra vocación será respuesta a la búsqueda de sentido y de fundamento de los jóvenes que nos conocen.
3. El testimonio comunitario de una vida dispuesta según el evangelio